

Pablo De Santis



Desde el ojo del pez





www.loqueleo.santillana.com

© 1991, DE SANTIS, PABLO
c/o GUILLERMO SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA
www.schavelzongraham.com

© 2008, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4613-6
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUEIRA
Ilustraciones: MAX CACHIMBA
Cubierta: CARLUS RODRÍGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

De Santis, Pablo

Desde el ojo del pez / Pablo De Santis ; ilustrado por Max Cachimba. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.
136 p. : il. ; 22 x 14 cm. - (Roja, narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4613-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Cachimba, Max, illus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Pablo De Santis
Desde el **ojo** del **pez**

loqueleg



Llegué a Buenos Aires a los diecisiete, a punto de cumplir dieciocho. Lo que voy a contar pasó hace tres años. Actualmente no veo las cosas como las veía en ese momento. No digo esto porque ahora entienda mejor. En absoluto. Con el tiempo uno va comprendiendo cada vez menos de todo, y si deajo pasar un poco más, ya no voy a entender nada.

Al principio vivía en una pensión. Tenía que compartir el cuarto con otro, que tenía un par de años más que yo. No me acuerdo cómo se llamaba. Llevaba la cabeza rapada y estaba siempre meditando. Era de una secta teosófica. Eso era lo que él decía, al menos. Me hablaba día y noche para intentar convencerme. Por ejemplo, yo entraba al cuarto a las tres de la mañana, muerto de sueño, tratando de no hacer ruido y, cuando creía que lo había conseguido, él giraba la cabeza hacia mí, perfectamente despierto.

—¿Pensaste —me decía— qué grande es el universo y qué pequeños nosotros? Pero nosotros también podemos ser grandes.

A veces yo simulaba dormir. Pero él me despertaba con un *gong*.

8 La armonía del universo era su tema favorito. Podía hablar durante horas. Pero a mí no me importaba más que la armonía de mi cuarto, y no había modo de conseguirla.

Él me decía que en alguna vida anterior yo había sido alguien acostumbrado a largas, muy largas esperas. Y que por eso ahora estaba tan impaciente.

En eso tenía razón. Yo tenía encima toda la impaciencia del mundo.

La pensión no era para mí. Pero tampoco podía alquilar un departamento. Conseguí la dirección de un edificio en donde, me dijeron, alquilaban cuartos muy baratos y sin contrato.

Fui a ver el edificio. Era en la calle Paraná, a media cuadra de Corrientes.

Me recibió la portera. No estaba muy preocupada por que el cuarto se alquilara o no.

—Este edificio tiene muchos inconvenientes. Por suerte, lo van a demoler —dijo, como para entusiasmarme.

—¿Cuándo?

—No se sabe. Seguramente muy pronto.

No da para más.

Abrí la puerta del ascensor. Era muy antiguo, de hierro negro, con un pequeño espejo cubierto de polvo.

—No se moleste. Hace tres años que no funciona.

9

Subimos por una escalera de mármol. Los escalones estaban gastados en el centro. A medida que pasábamos por los pisos, el edificio parecía más desierto. Como si yo fuera a ser el único habitante.

Llegamos al sexto piso, el último. La portera tuvo que detenerse un segundo para recuperar la respiración.

Abrió la puerta de uno de los cuartos. Estaba vacío. Había burbujas de humedad en las paredes descascaradas. El cuarto no tenía ni baño ni cocina.

—El baño está en el hall. Es compartido, pero como no hay nadie más en el piso con quien compartirlo lo tiene solo para usted.

Me bastó una mirada para sospechar goteras. La portera dijo una cifra.

—No soy la dueña. No puedo regatear. Lo toma o lo deja.

Me acordé de mi ex compañero de pieza, de los horarios de la pensión, de las largas conferencias sobre la armonía del universo.

—Lo tomo —dije.

10

Al día siguiente golpeé en el departamento de la portera para que me diera las llaves. Le pagué lo que habíamos arreglado.

—No es un departamento demasiado cómodo, pero le viene bien a un estudiante como usted. ¿Porque usted estudia, no?

Me gustaba que me tratara de usted. Pensé que a lo mejor mi cara había cambiado en los últimos días, imponiendo un poco más de respeto.

—Todavía no, acabo de llegar a la ciudad. Pero pronto voy a entrar en la facultad.

—¿Viene de lejos?

—De Córdoba.

—Me pareció, por el acento.

Apreté las llaves en la mano. Había esperado mucho el momento de tener por primera vez un cuarto propio (un “departamento”, como llamaba pomposamente la portera a esas cuatro paredes descascaradas). Era una ceremonia un poco triste esa entrega de llaves en comparación con lo importante que era para mí tener la habitación.

Subí enseguida, aunque no tenía nada que hacer arriba. Encendí la luz: era una lamparita de poco voltaje y tendría que cambiarla.

Me gustaba que el edificio estuviera tan cerca de la avenida Corrientes. Había mucho ruido, pero yo estaba solo en la ciudad (sólo contaba con algunos nombres anotados en la agenda, números telefónicos a los que nunca llamaría) y entonces era bueno estar cerca de toda esa gente.

Compré un colchón y llevé mis cosas al cuarto: apenas unos libros y una valija con ropa. En los días siguientes clavé mapas en las paredes.

En una caja de madera empecé a guardar piezas metálicas que encontraba en la calle: tornillos, clavos, pedazos de herramientas, caños rotos, toda clase de fragmentos de cosas oxidadas. Algo así como una colección.

Me gustaba mirar mi ventana desde la calle, rodeada de tejas grises parecidas a escamas. Era como el ojo de un pez.





En mi primera mañana en el edificio golpeó a mi puerta un compañero de piso. Al principio no le vi la cara: a sus espaldas había un alto ventanal que, a pesar de que no lo limpiaban desde hacía años, llenaba el pasillo de luz. Me tendió la mano.

—Me llamo Marquitos. Bah, Marcos, pero todos me dicen...

—Max —dije.

—Ah, Maximiliano.

—Sí.

En realidad mi verdadero nombre es Máximo. Yo jamás comprendí cómo mis padres pudieron llegar a ponerme un nombre tan horrible. Sé que era su primer hijo, y yo entiendo los apuros, la preocupación de los padres primerizos en los momentos siguientes al nacimiento, pero aun así... ¿por qué Máximo? ¿Por qué habiendo más de tres mil nombres se les tenía que haber ocurrido justamente ese? Ni siquiera había algún

abuelo que se llamara así. Había salido de sus propias cabezas.

Por eso me hacía llamar Max y, si alguien preguntaba mi nombre verdadero, decía: “Maximiliano, en memoria del emperador de México”.

14 Lo invité a pasar. Era alto y muy flaco; llevaba grandes anteojos de armazón metálico y un pulóver rojo con pocos agujeros para ser una red pero demasiados para seguir siendo un pulóver.

Como no sabíamos qué decirnos le pedí que me contara algo del edificio.

—Es todo un desastre. Las cañerías pierden agua, el ascensor no funciona. Cuando se rompe algo nadie lo arregla. Total, lo van a tirar abajo en poco tiempo.

—¿Hay alguien más además de nosotros?

—Hay una chica que se llama Verónica, que vive en el segundo, y un par de parejas que ya se están por ir. Mucha gente entra y sale, alquila por tres meses y se va. Yo hace ya tres años que vivo acá, y sé que todo el mundo se va, tarde o temprano. En cuanto empezás a hacerte amigo de alguien, desaparece sin avisar. Cuando llegué había mucha gente, talleres de pintura, grupos de teatro que alquilaban piezas baratas para ensayar, y hasta el ascensor funcionaba. Pero vino rápido la decadencia.

—¿Y cuándo van a demoler el edificio?

—No se sabe, siempre postergan la fecha, por suerte. Un día vamos a sentir que todo se sacude y vamos a tener el tiempo justo para salir volando antes que las topadoras lo tiren abajo.

Había llegado a Buenos Aires para estudiar Geografía. Al menos esa era la versión que les había dado a mis padres.

Estaba dispuesto a estudiar, sí, pero la verdadera razón de mi viaje era una chica que había conocido. Decir que la había conocido es demasiado, porque nunca había hablado con ella.

La vi y me enamoré. Sé que suena un poco ridículo. En aquel momento también me parecía profundamente ridículo. Pero yo sentía que me había enamorado y que tenía que ir a buscarla.

Se llamaba Teresa. Me gustaba el nombre, porque sonaba un poco anticuado, y me encantan las cosas que están fuera de época. Como los monopatines, en lugar de los skates, o los cines de barrio en lugar de las salas de videojuegos.

Yo sabía que ella había viajado a Buenos Aires. No tenía su dirección; pero estaba seguro de que estudiaba Arquitectura porque una

amiga me había pasado el dato antes de que yo viajara.

Una tarde le conté a Marquitos mi historia.

—¿Eran novios?

—No.

—¿Amigos?

—No.

—¿Entonces?

—Nunca cruzamos una palabra. Pero tengo que encontrarla. Ah, y es pelirroja. —No se animó a decirme nada. Me veía muy convencido.

16

Elegí Geografía porque me gustaba mirar mapas. Supongo que habría que encontrar razones más fuertes para hacer las cosas, pero ese fue siempre mi problema. Es decir: lo que para mí era una buena razón, para los demás no era, generalmente, nada.

Si yo les hubiera planteado a mis padres que iba a Buenos Aires solamente para encontrar a una chica que conocía sólo de vista, me habrían preguntado “¿Por eso?” en un tono sumamente extrañado.

No hubiera sabido qué contestarles.

Por eso, para hacer cualquier cosa conviene inventarse unas cuantas razones adecuadas a las